

Surt per Places i Camins

Revitalizar las Comunidades Parroquiales

Queridos diocesanos:

Para evangelizar necesitamos contar con comunidades vivas, en las que todos se sientan corresponsables de la misión. Comunidades que se dejen impulsar por el Espíritu, que estén atentas en la escucha y celebración de la Palabra, disponibles para el servicio a los más pobres y en alerta para detectar los signos de los tiempos. Esto nos exige salir del anonimato y revitalizar la vivencia de la comunión en nuestras parroquias. Es tiempo también de aunar fuerzas. No podemos perdernos en disputas internas.

Es necesario fortalecer la vida de las comunidades, crecer en la vivencia de Cristo y del Evangelio. La fe sólo puede surgir y desarrollarse en el seno de la Iglesia, dentro de la comunidad de los creyentes. La comunidad es también el contexto vital que permite vivir la vida nueva del Evangelio. Esta comunidad se hace más necesaria cuando el ambiente en que vivimos no facilita la fe.

El núcleo vital de la una comunidad es la Mesa Eucaristía. San Juan Pablo II señaló que “la parroquia está fundada sobre una realidad teológica, porque ella es una comunidad eucarística. Esto significa que es una comunidad idónea para celebrar la Eucaristía, en la que se encuentran la raíz viva de su edificación y el vínculo sacramental de su existir en plena comunión con toda la Iglesia” (Christifideles Laici, 26). Es la Eucaristía la que edifica la comunidad, poniendo a cada uno en comunión con Cristo: “formamos un solo cuerpo porque comemos de un mismo pan” (1 Cor 10, 17). En la Mesa Eucarística recibimos la fuerza para la misión. Y a ella se ordena toda la vida cristiana como a su culmen.

Revitalizar las comunidades parroquiales es condición para crecer como Iglesia en salida, en misión. Cada parroquia ha de ser, en palabras del Papa Francisco, “comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero” (EG 28).

A la parroquia corresponde, sobre todo, ser signo de Cristo para las personas de su circunscripción. Como recordó el Concilio Vaticano II, la Iglesia es en Cristo como un sacramento de la unidad del género humano (LG 1). Cada parroquia, cada comunidad cristiana tiene la misión de hacer que resplandezca el signo de Cristo. Nuestras comunidades, a pesar de sus pobreza y limitaciones, han recibido el don de ser signo de Cristo para las gentes del barrio o del pueblo en que se ubican. Tienen, como toda la Iglesia, la misión de “ser signo e instrumento de la presencia de Cristo en el mundo” (Misal romano, oración colecta por la Iglesia local). Al mismo tiempo, cada parroquia muestra el rostro de toda la Iglesia Diocesana y hace presente a toda la Iglesia Universal.